

Vidyā

Primavera 2018



SUMARIO

La existencia una que parece múltiple

Vocación

El lado oculto

La otra cara del amor

Introducción al *Dṛgdr̥śyaviveka*

Periódico trimestral: Año VIII, N° 29 - Primavera 2018
Expedición previa suscripción gratuita.
Dirección y Redacción: Āśram Vidyā España, Madrid.
Correo electrónico: vidya@asramvidya.es
© Vidyā. Roma

Publicación no comercial

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial en ningún tipo de medio físico o virtual sin previo consentimiento expreso por escrito por parte del editor.

LA EXISTENCIA UNA QUE PARECE MÚLTIPLE

de Svāmi Vivekānanda¹

Vairāgya o la renuncia es la gran encrucijada que se encuentra en el camino de los distintos tipos *yoga*. El *karmayogin* renuncia al fruto de la acción. El *bhakta* renuncia a los “pequeños amores” por el amor al omnipotente y omnipresente. El *rājayogin* renuncia a todas las experiencias adquisitivas porque, según su filosofía, si bien la totalidad de la naturaleza existe para consentir que el alma pueda tener su experiencia, dicha renuncia lo lleva a conocer que él no es la naturaleza-*prakṛti*, sino que es eternamente distinto de ella. El *jñānin* renuncia a todo porque, según su filosofía, la *māyā* nunca existió en el pasado, no existe en el presente y nunca existirá en el futuro².

¹ De *Vedanta* n. 51, 1978 (Conferencia celebrada en Nueva York en 1896).

² El *karmayogin* busca la emancipación a través de la “justa acción”, el *bhakta* a través de un intenso amor por la divinidad, el *rājayogin* a través de la voluntad con la que llega a la contemplación-*samādhi*; el *jñānin* a través de la Conciencia supraracional. Para las diferentes vías del yoga, véase de Ráphael: *Esencia y Finalidad del Yoga, Las sendas iniciáticas a la Trascendencia*, Associazione Ecoculturale Parmenides, Roma.

En estos niveles tan elevados no es posible plantear la cuestión de una interesada conveniencia, sería absurdo. E incluso si se planteara, ¿qué concluiríamos tras un análisis apropiado? El *optimum* de la felicidad, aquella que el hombre disfruta en mayor medida, es de orden utilitarista, porque aquella que pertenece a un orden elevado puede no mejorar su situación material o no brindarle mucho bienestar.

Por lo tanto, el propósito de toda la ciencia es procurar felicidad a la humanidad; y el hombre se adueña de aquello que le proporciona más, renunciando a lo que le da menos.

Sabemos que la felicidad reside en el cuerpo, en la mente, en el *ātman*. En los animales, e incluso en los humanos menos avanzados —que son muy similares a aquellos—, la felicidad se encuentra completamente en el cuerpo. Ningún hombre puede comer con el mismo placer que un perro hambriento o un lobo; en los hombres encontramos un nivel de felicidad más elevado, el del pensamiento; y en el *jñānin*, el de la beatitud del Sí-mismo, del *ātman*. Por lo tanto, para el filósofo, el conocimiento del Sí-mismo es extremadamente efectivo porque le proporciona la mayor beatitud posible. La satisfacción de los sentidos y los objetos materiales no lo son tanto, porque en ellos no encuentra la beatitud que encuentra en el conocimiento, por lo que su único propósito es el conocimiento; éste realmente representa la más elevada beatitud que conocemos. Todos los que se encuentran en la ignorancia están sometidos a los *deva*. Utilizo aquí la palabra *deva* para referirme al sabio. Quienes trabajan penosamente como máquinas no disfrutan de la vida; es el sabio quien la disfruta. Un hombre rico gastará tal vez cien mil

dólares para comprar un cuadro, pero es quien comprende el arte el que lo disfrutará; si el hombre rico no entiende nada de arte, no le servirá para nada, solo será el propietario. En todas partes siempre es el hombre sabio el que disfruta del mundo. El ignorante no disfruta de nada; sin saberlo, debe depender de los demás.

En las teorías de los filósofos *advaitin* encontramos que sólo puede haber un *ātman*; no puede haber dos. Encontramos también que en todo el universo solo hay una existencia que, a través de los sentidos, es llamada mundo, el mundo de la materia. Cuando se la ve a través de la mente, es llamada mundo de los pensamientos y las ideas, y cuando se la ve por aquello que es, entonces es el Ser único e infinito. Es necesario recordar esto. Y hay que recordar que en el hombre no hay alma, aunque al principio tuve que suponerla para poderme explicar. Sólo existe una existencia, y es el *ātman*, el Sí-mismo, y cuando uno lo percibe con los sentidos a través de las imágenes de éstos, se le llama cuerpo. Cuando se la percibe a través del pensamiento, se le llama mente. Cuando se la percibe en su propia naturaleza, es el *ātman*, la única existencia.

Entonces, no es que haya tres cosas en una (el cuerpo, la mente y el Sí-mismo), pues esta no es una manera conveniente de exponer las cosas para después explicarlas; todo es *ātman*, y a este Ser único a veces se le llama cuerpo, a veces mente y algunas veces Sí-mismo, según el ángulo visual desde el cual se le considere. No existe sino un Ser, que el no-conocedor llama mundo. Cuando se asciende más alto en la escala del conocimiento, este Ser es llamado mundo del pensamiento y, finalmente, se llega al Conocimiento mismo;

aquí todas las ilusiones desaparecen y se reconoce que no hay nada más que el *ātman*. Yo soy esta existencia Una, esta es la última conclusión. En el universo no hay ni el dos, ni el tres; todo es Uno. Este Uno, debido al velo de *māyā*, parece ser muchos al igual que una cuerda puede ser confundida con una serpiente. Es la misma cuerda que parece una serpiente: no son dos cosas separadas, por un lado una cuerda y por el otro, una serpiente. Ningún hombre puede ver estas dos cosas al mismo tiempo; dualismo y no-dualismo son excelentes términos filosóficos, pero en una visión perfecta nosotros nunca percibimos al mismo tiempo lo real y lo falso. Todos nacemos monistas y no podemos hacer nada al respecto; percibimos un solo aspecto. Cuando vemos la cuerda, no vemos la serpiente en absoluto, y cuando vemos la serpiente no vemos la cuerda en absoluto, ésta ha desaparecido. Cuando vosotros veis la apariencia, no veis la realidad. Suponed que veis a un amigo vuestro a una cierta distancia: lo conocéis muy bien, pero a causa de la bruma y de la niebla lo tomáis por alguien distinto. Mientras veáis a otro en el lugar de vuestro amigo, no podréis ver a vuestro amigo en absoluto: ha desaparecido. No percibís más que un individuo a la vez. Suponed que vuestro amigo es el Sr. A. Cuando veis al Sr. B en el Sr. A, no veis al Sr. A en absoluto; en ambos casos, no percibís más que a uno de ellos. Cuando os veis como un cuerpo, sois un cuerpo y nada más, eso es lo que la mayoría de los hombres ve. Pueden hablar del alma y de la mente y de todas estas cosas, pero lo que perciben es la forma física, el tacto, el gusto, la vista, etc. Hay otros hombres que, en ciertos estados de conciencia, se perciben a sí mismos como pensamiento.

Cuando la conciencia se eleva aún más arriba, cuando esta pequeña y mezquina conciencia del ego desaparece para siempre, la Realidad subyacente brilla, y la vemos como Existencia-Conciencia-Beatitud única, el único *ātman*, lo Universal: «Lo Único, que es el conocimiento mismo; lo Único, que es la Beatitud misma, incomparable, más allá de todo límite, siempre libre, nunca esclavo, infinito e inmutable como el cielo. Un Ser así se revela en vuestro corazón durante la meditación».

¿Cómo explica la doctrina *advaita* los diferentes estados de conciencia que corresponden a los cielos y a los infiernos y las diferentes teorías que encontramos en todas las religiones? Cuando un hombre muere, se dice que va al cielo o al infierno, aquí o allá, o que después de la muerte renace en otro cuerpo, ya sea en el cielo o en otro lugar, en otro mundo. Todo esto no es sino ilusorio. A decir verdad, nadie nace ni muere nunca. No existe ni cielo ni infierno, ni siquiera este mundo: jamás ninguno de ellos ha existido realmente. Si le contáis a un niño una cantidad de historias de fantasmas y luego lo dejáis salir a la calle por la noche, ¿qué ocurre? Si encuentra el tronco de un árbol, ¿qué verá el niño? Un fantasma con los brazos extendidos para atraparlo. Supongamos que un hombre dobla la esquina de la calle para encontrarse con su amante; si ve el mismo tronco de árbol, lo tomará por su chica. Un policía que ve el mismo tronco de árbol lo tomará por un ladrón, y el ladrón lo tomará por un agente de policía. Es siempre el mismo tronco de árbol que ha sido visto de muchas maneras diferentes. El tronco del árbol es la realidad, y lo que ha sido visto en él no es más que una proyección mental.

Solo existe un Ser, el Sí-mismo, que no va ni viene. Cuando un hombre es ignorante, desea ir al cielo o a otro lugar y piensa en esto toda la vida. Así, cuando este sueño terrestre finaliza, él ve el mundo como el paraíso, en el cual hay ángeles y *deva* volando por todas partes, etc. Si un hombre durante toda su vida desea encontrar a sus antepasados, los encontrará a todos, empezando por Adán, porque es él quien los crea. Si un hombre es aún más ignorante y se ha dejado asustar por fanáticos que le han hablado del infierno y de todo tipo de castigos, cuando muera verá el mundo como un infierno. La muerte y el nacimiento no representan más que cambios de perspectiva. Vosotros no os movéis, ni se mueve aquello sobre lo que proyectáis vuestra imaginación. Vosotros sois lo permanente, lo inmutable. ¿Cómo podríais ir y venir? Es imposible; sois omnipresentes. El cielo nunca se mueve, pero las nubes se desplazan por su superficie y podemos creer que es el cielo el que se está moviendo. Al igual que cuando estamos en el tren y nos parece que el paisaje se mueve, pero no es cierto, es el tren el que se mueve. Estáis donde estáis y son los sueños y todas las nubes los que cambian de lugar. Un sueño sigue a otro, sin ninguna conexión. No hay nada en este mundo que sea relación o ley, pero imaginamos que existen muchas relaciones.

Probablemente todos hayáis leído *Alicia en el país de las maravillas*. Cuando lo leí, quedé encantado: siempre tuve la intención de escribir este tipo de libros para niños. Lo que más me gustó es lo que parece más aberrante, el hecho de que no haya relación entre las cosas. Aparece una idea y luego deja el lugar a otra, sin ninguna conexión: cuando éramos niños, esta nos parecía la lógica más evidente. Por

lo tanto, el autor redescubrió sus pensamientos de cuando era niño, que entonces le parecían perfectamente lógicos, y escribió este libro. Todos los libros que escriben los adultos para intentar que los niños acepten sus ideas de adultos son absurdos. También nosotros somos niños adultos, esto es todo. El mundo conserva la misma incongruencia que *Alicia en el País de las Maravillas*, sin ninguna lógica. Cuando vemos que ciertas cosas ocurren muchas veces en un cierto orden, las llamamos causa y efecto y anticipamos que las mismas cosas volverán a suceder. Cuando un sueño cambia, el otro que lo reemplazará nos parecerá igualmente lógico. Cuando soñamos de noche, las cosas que vemos nos parecen perfectamente lógicas; sólo cuando nos despertamos vemos la falta de lógica de las ideas. Cuando nos despertemos de este sueño empírico y lo comparemos con la realidad, veremos que es simplemente un absurdo inexplicable, un mosaico sin lógica que se despliega ante nosotros, sin saber de dónde viene ni a dónde va, pero que sabemos que tendrá un final. Es lo que se llama *māyā* y es similar a una masa de nubes blanquecinas a la fuga. Ellas representan toda la existencia mutable, mientras que el sol, el inmutable, eres tú mismo. Cuando miráis desde fuera esta existencia inmutable la llamáis Dios, y cuando la miráis desde el interior la llamáis vosotros mismos. Pero siempre es una única y misma cosa. No hay un Dios distinto de ti, Dios más alto que tú, del verdadero “Tú”. En comparación, todos los dioses son pequeñas criaturas. La concepción de Dios y de nuestro Padre que está en los cielos no es más que nuestro reflejo. Dios mismo es vuestra imagen. Es falso decir: “Dios creó al hombre a su imagen”. Es el hombre el que lo hace. En todo

el universo creamos los dioses a nuestra imagen. Creamos a Dios, y luego nos postramos a sus pies y lo adoramos. Y cuando este sueño se realiza, lo amamos.

Es bueno comprender completamente el fundamento de esta conferencia: demostrar que hay una sola existencia, la cual, vista a través de los diversos cuerpos, nos parece ser ora la tierra, ora el cielo, ora el infierno, los fantasmas, los hombres, los demonios, el mundo, y así sucesivamente. Pero en medio de toda esta multiplicidad «el que ve al Único en este océano de muerte, el que ve la vida única en este mundo fluctuante, aquél que realiza el Uno que no cambia nunca, a estos pertenece la paz eterna; a nadie más, a ningún otro». Esta existencia única debe ser realizada; se trata, entonces, de saber cómo. ¿Cómo realizarla? ¿Cómo despertar de él, cómo interrumpir este sueño en el que somos hombres pequeños y mujeres pequeñas y donde hay multiplicidad? Somos el Ser infinito del universo y nos hemos materializado en estos pequeños seres, hombres y mujeres, que están a merced de la palabra dulce de uno o de la palabra violenta de otro. ¡Qué terrible intimidación y esclavitud! Yo, que estoy más allá de todo placer y de todo dolor, cuyo reflejo es el universo entero, que veo el sol, la luna o las estrellas como pequeños fragmentos de mi propia vida, ¡estoy sometido a una espantosa esclavitud! Si me pinchas, sufro; si me dices una buena palabra, lo disfruto. Mirad mi estado: esclavo del cuerpo, esclavo del pensamiento, del mundo, de una buena palabra, de una mala palabra, esclavo de la pasión, de la felicidad, de la vida, de la muerte, de todo. Debemos romper esta esclavitud. ¿Cómo? “El *ātman* debe ser primero escuchado, luego razonado y finalmente meditado”. Éste es el

método *jñānin advaita*. Al principio es necesario escuchar la verdad, luego reflexionar sobre ella y finalmente, afirmarla incesantemente. Pensad siempre “yo soy *Brahman*”; cualquier otro pensamiento debe ser rechazado porque es dañino. Rechazad la idea de que sois hombres y mujeres. Dejad ir el cuerpo, dejad ir la mente, los dioses, los fantasmas. Dejad ir todo lo que no es la existencia única. «Cuando un hombre escucha a otro, cuando un hombre ve a otro, es un asunto trivial; cuando uno no escucha nada, cuando no ve nada, es el Infinito»¹. El estado supremo es aquel en el que el sujeto y el objeto son uno. Cuando soy yo quien escucha y yo quien habla, yo quien enseño y yo quien aprende, quien creo y soy creado, sólo entonces, desaparece el miedo. Ya no hay nadie que inspire miedo. Sólo existo yo mismo; ¿quién podría asustarme? Debemos mantener esta idea todos los días. Liberaos de cualquier otro pensamiento. Rechazad todo lo demás y repetid esta frase continuamente; que este pensamiento se vierta en vuestros oídos hasta que llegue al corazón, hasta que todos los nervios y todos los músculos y todas las gotas de vuestra sangre resuenen esta idea: yo soy Él, yo soy Él. Incluso en el umbral de la muerte decid: yo soy Él.

En la India vivió un hombre, un *śamnyāsin*, que siempre repetía «*Śivoham* (yo soy Śiva)». Un día, un tigre saltó sobre él, se lo llevó y lo mató; pero mientras continuó vivo, siguió repitiendo: «*Śivoham, Śivoham*». Incluso a las puertas de la muerte, en el mayor peligro, en la batalla más encendida, en el fondo del océano, en la cima de la montaña más alta, en la espesura del bosque, repetid: «yo soy

¹ *Chāṅgdoya Upaniṣad*: VII, 24.1. Colección *Vidyā*.

Él, yo soy Él». Repetid día y noche: «Yo soy Él». Ésta es la mayor fortaleza, ésta es la religión. «Los débiles nunca llegarán al *ātman*». Nunca digas «Oh Señor, soy un pecador miserable». ¿Quién te ayudaría? Vosotros sois los que ayudaréis a todo el universo. ¿Quién podría ayudaros en este universo? ¿Dónde está el hombre, el dios o el demonio que podrían ayudaros? ¿Quién puede combatir por vosotros? Vosotros sois el dios del universo. ¿A quién podéis pedir ayuda? Nunca la habéis recibido de nadie, excepto de vosotros mismos. En vuestra ignorancia, todas las veces que vuestras oraciones obtuvieron respuesta, lo habéis atribuido a la intervención de este Ser o de aquel otro, pero habéis sido vosotros, sin saberlo, los que os habéis concedido vuestra petición. La ayuda vino de vosotros mismos y os complació imaginar que alguien del exterior viniera en vuestro socorro. Nunca encontraréis apoyo fuera de vosotros mismos; vosotros sois el creador del universo. Como un gusano de seda, habéis construido un capullo a vuestro alrededor. ¿Quién os salvará? Romped vuestro capullo y salid como una mariposa magnífica, como un alma libre. Solo entonces verás la verdad. Repetíos siempre a vosotros mismos: «yo soy Él». Estas palabras quemarán los desechos de vuestra mente; son palabras que harán brotar la formidable energía que ya está en vosotros, el poder infinito que duerme en vuestro corazón. Debemos llegar allí escuchando constantemente la verdad y nada más. Dondequiera que haya un pensamiento de debilidad, aléjate. Si quieres ser un *jñānin*, evita cualquier debilidad.

Antes que nada, comenzad a practicar, liberad vuestra mente de todas las dudas. Luchad, discutid, razonad; cuando

en vuestra mente estéis bien seguros de que sólo esa es la verdad y ninguna otra, no discutáis más, cerrad la boca. No escuchéis más ninguna discusión y tampoco razonéis más. ¿Cuál sería la utilidad de más argumentaciones? Al haber encontrado la solución, habéis resuelto la cuestión. ¿Qué queda por hacer? Queda realizar la verdad. Cada idea que os dé fuerza debe ser adoptada y cada pensamiento que os cause debilidad debe ser rechazado. El *bhakta* medita en las formas, imágenes, etc., y en su Dios. Es el camino natural, pero es el más lento. El *rājayogin* medita en los diversos centros de su cuerpo y dirige las energías mentales. El *jñānin* dice: la mente no existe y el cuerpo tampoco. Es necesario liberarse de esta idea de cuerpo y mente y, por lo tanto, es inútil pensar en ello. Sería como tratar de curar una enfermedad procurándote otra. La meditación del *jñānin* es, por lo tanto, más difícil, porque es negativa; niega todo, y lo que queda es el Sí-mismo. Es el proceso más discriminativo. El *jñānin* quiere despojar al Sí-mismo del universo con la pura fuerza del discernimiento. Es fácil decir «soy un *jñānin*», pero es muy difícil serlo. «El camino es largo, como si caminases por el filo de una navaja, pero no desesperes. Despierta, levántate y no te detengas hasta que hayas alcanzado tu objetivo», dicen los *Veda*.

Entonces, ¿en qué consiste la meditación del *jñānin*? Él quiere elevarse por encima de todo concepto de cuerpo o de mente y eliminar la idea de ser un cuerpo. Cuando digo, por ejemplo: «Yo *Svāmi*», inmediatamente aparece la idea del cuerpo. Entonces, ¿qué debería hacer? Debo asestar un golpe violento a mi mente y decir: «No, yo no soy el cuerpo, soy el Sí-mismo». ¿Qué me importa si llega la enfermedad o

la muerte, incluso bajo la forma más aterradora? Yo no soy el cuerpo ¿Por qué embellecerlo? ¿Para qué seguir disfrutando de la ilusión? ¿Para perpetuar la esclavitud? Que se vaya, yo no soy el cuerpo.

Éste es el camino del *jñānin*. El *bhakta* dice: «El Señor me ha dado este cuerpo para que pueda cruzar el océano de la vida con seguridad y debo ocuparme de él hasta que el viaje esté completo». El *rājayogin* dice: «Debo cuidar mi cuerpo para progresar continuamente y, al final, lograr la liberación». El *jñānin* no tiene paciencia; debe alcanzar la meta de inmediato.

Él dice: «Soy eternamente libre, ya no soy un esclavo; soy el principio de este universo para la eternidad. ¿Quién me hará perfecto? Ya soy perfecto». Cuando un hombre es perfecto, también ve la perfección en los demás. Cuando ve la imperfección, es su propia mente la que se proyecta. ¿Cómo podría ver la imperfección si no la tuviera en sí mismo? Por lo tanto, al *jñānin* no le preocupa ni de la una ni de la otra; para él, no existen. Desde que es libre, no ve ni el bien ni el mal. ¿Quién es el que los ve? Quien los tiene en sí mismo ¿Quién ve el cuerpo? El cree ser un cuerpo. En el momento en que te liberas de la idea de ser el cuerpo, ya no ves el mundo; desaparece para siempre. El *jñānin* trata de liberarse de la esclavitud de la materia con el poder del intelecto. Es la forma negativa, el «*neti neti*» (no esto, no esto).

VOCACIÓN

Si pudiéramos subir tan alto que alcanzáramos a abrazar el universo, veríamos una enorme y espléndida estrella expandiéndose en el espacio sobre las olas vibrantes de luz. Siete rayos luminosísimos de colores, cada uno de los cuales resuena una nota, una joya de belleza incomparable sobre el oscuro éter de terciopelo.

Desde el punto más cercano al corazón de la estrella hasta el más lejano se manifiestan un número indefinido de seres entre los cuales se encuentra el ser humano. Puede encontrarse en uno de los siete senderos de luz, afinados con uno de los siete sonidos de esa melodía única. Cada rayo emitirá una nota para todos los seres que la entonen.

Cada ser humano es una cuerda vibrante; pero solo tocando *su* propia nota, él entrará en acorde con los demás y consigo mismo.

Todo lo que vive vibra; pero para estar en armonía con la Vida debemos *saber vibrar*.

Lo más probable es que aún no hayamos descubierto nuestro justo rol en el orden general de las cosas, nuestro lugar en la orquesta cósmica, nuestra nota, nuestra *vocación*.

Vocación = llamada. Y el individuo está llamado a encarnar y vivir una cierta posibilidad. Al igual que una célula de un organismo, debe cumplir su tarea precisa en

el orden universal, su *dharma*, como lo llaman Oriente. No “responder” significa conflictos sin fin. Permanecer “sordo” y “mudo” es traicionarse a sí mismo y a la vida, significa evadirse de una contribución de amor, de coparticipación.

Insatisfacción, frustración, sentimientos de aridez, de inutilidad, son los compañeros inseparables del hombre que nace y muere sin haberse “encendido”, sin haber “brillado”, como un fuego que no quema, una flor que no florece, una noche que no ve el alba.

Esto no cumple con la naturaleza del ser, esta rotura de armonía es *adharma*, es la célula loca que, en un organismo vivo, suprime cualquier orden e inicia muy rápidamente divisiones desordenadas, formando un tumor.

Pero, entonces, si eludir el propio *dharma* significa dolor, significa la muerte, ¿por qué no tratamos de conformarnos al *dharma*? ¿Por qué no escuchamos y seguimos la llamada de nuestra propia naturaleza?

Comencemos preguntándonos cuál puede ser nuestra vocación, nuestro lugar en el contexto universal, la tarea a la que estamos llamados. Volvamos a la parte más interna de nosotros mismos y la respuesta vendrá, no puede ser de otra manera. Ese día, finalmente, descubriremos nuestra vocación, ese día marcará una fecha histórica para nosotros, un paso decisivo, una reorientación hacia la “dirección correcta”. Entonces, no queda nada más que dar el primer paso.

Ya hablamos antes de las siete notas, de los siete colores, de los siete rayos cósmicos, pero desde una mayor altura veremos el siete reducirse a tres; tres rayos fundamentales, tres cualidades: Voluntad, Amor, Inteligencia. ¿A cuál de

las tres podemos decir que pertenecemos? ¿Cuál de ellas representa nuestro *camino*, nuestra nota?

Hay una ley de armonía que gobierna el orden universal y esa ley es el Amor. Hay una ley que regula la Vida y esa ley es el Amor. Quizás, quién sabe, podríamos descubrirnos a nosotros mismos a lo largo de este mismo rayo: el Amor.

Descubierta nuestra vocación, solo tenemos que vibrar en consecuencia. Pero, ¿qué significa *vibrar*? Simplemente *ser*. No hay esfuerzo o tensión en todo esto, sino irradiación natural, espontánea.

Realizar la propia vocación implica, por lo tanto, descubrirla, neutralizar las fuerzas inerciales que impiden su develamiento. Vibrar.

El Universo, como hemos visto, manifiesta Amor. Esta cualidad constituye su nota, su *dharma*, su vocación, el fondo sobre el cual se entrelazan los sonidos cósmicos. Es obvio que en cada ser pulsa esta energía, si bien es dominante en aquellos que pertenecen al segundo rayo. Podríamos decir, por tanto, que hay una vocación común a todos los seres. Pero, ¿cuál es, en el fondo, el *motor* del Amor?

Consideremos por un momento la función del sol. Este poderoso imán, este corazón palpitante, no hace más que atraer hacia sí mismo (inclusión) e irradiar (donación). El motor del amor ciertamente puede asimilarse al del sol. Incluir significa no contraponerse ya a nada, donarse quiere decir morir a sí mismo.

El Evangelio dice: «Yo soy la vid, vosotros sois las ramas. Quienes permanecen en mí, y yo en ellos, dan mucho fruto. Porque sin mí no puedes hacer nada»¹.

Si el corazón no se abre, si el Amor no se revela, cualquier otra energía –ya se trate de Voluntad o de Inteligencia- será degradada a fines egoístas. Es el Amor el que rompe la circunferencia del yo, el que abre el ser a la universalidad: es el Amor el que le lleva a sacralizar todas sus acciones, el que le hace acercarse al “Padre”.

No contraponerse más a nada, morir a sí mismo, significa una sola cosa: el fin del yo. Aquí, finalmente, hemos descubierto por qué realizar el Amor, concederse a la Vida es algo muy difícil. La lucha del ego es una lucha desesperada: es una lucha por la supervivencia.

Aquellos que mueren a sí mismos realizan una obra de transformación maravillosa, una transfiguración que no tiene parangón. Por supuesto, esto no se logra sin intensos sufrimientos, ascensos y caídas continuas, experiencias y aprendizajes. Es más, parece que estos constituyen la amalgama de toda la obra. Y, finalmente, ¿qué investigador, incluso el más apasionado, no avanza en su trabajo encontrando dificultades y experimentando desilusiones?

Descubrir la propia vocación, haber encontrado el camino propio, no significa seguirlo sobre pétalos de rosa, ni mucho menos. Pero una cosa es cierta: el camino es ese, el *dharmā* es ese, no hay nada más importante excepto seguir adelante.

¹ Juan: XV, 5

EL LADO OCULTO

«Muéstrame tu rostro, ¡oh Señor!», dice el Salmo¹. Tu verdadero rostro, no aquel variable que ya conozco. Muéstrame un punto firme, una “constante”, algo que no cambie continuamente ni me desconcierte. Si existe, como yo creo, ¿dónde está? ¿Cómo conocerlo?

Bajo la aparente movilidad, dice la Doctrina, el Ser continúa siendo lo que es, no ha cambiado ni cambiará jamás. Pero incluso el no-ser “sigue siendo” lo que es, «porque un dato, de ninguna manera, puede cambiar su propia naturaleza»². Si es movimiento, cambio, evanescencia, eso es y seguirá siendo, para mis ojos que lo observan, ahora y siempre. Entonces, si el dato sensorial y el instrumento de percepción no pueden aportarme más, sería una locura pretender *ver* alguna otra cosa, permaneciendo donde estoy y observando tal y como lo hago.

Si el fenómeno es un hecho sensorial, el nómeno es un hecho concienical. Para el primero, conocer es *percibir*. Para el segundo, conocer es *ser*.

¹ Salmo 27, 9.

² *Māṇḍūkya Upaniṣad* con las *kārikā* de Gaudapada, el comentario de Śaṅkara y las notas de Ráphael: IV, 7. Ed. Biblioteca Nueva, Madrid.

El fenómeno se corresponde con las múltiples vasijas (formas), el nóumeno es el aire encerrado en ellas, es su... lado oculto. Y es lo que el individuo no se preocupa por conocer, conformándose con lo que ve y de lo que está “seguro”, incluso en esos momentos en que no le ha dado tiempo a fijar una imagen cuando ya se le está presentando otra, y después otra, y otra más. Pero, ¿cuál es la verdadera? Esta pregunta se la hace el intelecto, despertándose del encantamiento, y no el ojo físico, que ya está acostumbrado a un continuo parpadeo.

El lado oculto de las cosas, cuando no está ya oculto, revela a la conciencia la más dramática verdad para el yo: la *igualdad*. Tras la infinita variedad de formas, tras un número incalculable de “sentidos del yo”, se manifiesta un denominador común que dobllega a los orgullosos y afirma la *humildad*.

«Y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres»¹. Pero esta libertad le cuesta al individuo el sacrificio de sí mismo, por eso no la busca, prefiriendo la ignorancia.

El yo es diferenciación; el deseo, su hijo. Si el velo cae y lo que creemos diferente, separado, se revela idéntico a nosotros mismos ¿acaso podremos ya imponernos a alguien o algo, o desear a alguien o algo?

«Quiero conocerte, oh Señor, en espíritu y verdad»², lo afirma sólo el que está listo para *morir*. Y a nadie más que a él le muestra *Śiva* su verdadero rostro, el secreto, detrás de sus mil caras: lo imperecedero detrás de la vida y la muerte,

¹ *Juan*: 8, 32,

² *Cfr. Juan*: IV, 23-24.

lo *constante* más allá del tiempo, sí mismo en todo y todo en sí mismo.

¿Qué diferencia hay entre el aire contenido en una determinada vasija y el contenido en otras vasijas? ¿Y entre el aire del interior de la vasija y el que está fuera de ella? Ninguna, responde la mente, pero un reconocimiento *conciencial* implica encarnar, vivir, ser. Si somos Uno, debemos *serlo*, no simplemente pensarlo.

En lo universal se resuelve lo individual únicamente si se disuelve y se deja absorber. El evento se realiza sólo con la no resistencia del ente, como ocurre con el metal, que se *rinde* al calor del fuego.

Intuir, comprender, vivir. Todo se desarrolla en tres movimientos o fases realizadoras.

El primer paso está determinado por una crisis profunda, está caracterizado por una invocación-oración hacia un Ente externo. Es la típica actitud de pasividad.

El segundo, totalmente activo, corresponde a la actitud de quien comprende que nadie, excepto él mismo, puede proporcionarle la solución, por lo tanto delibera y se prepara para la búsqueda pura.

El tercero, último y decisivo movimiento consiste en ajustar la conciencia a la verdad intuida. Es la fase en la que se salta al abismo, realizando la unidad de la Vida, el lado oculto de lo múltiple, el rostro secreto del Señor.

LA OTRA CARA DEL AMOR

Es aquella que el yo no comprende, que rechaza, que no ama.

El Amor es gracia y suavidad (Chesed), pero también es fuerza y severidad (Geburah)¹. El Amor no es sólo el sanador misericordioso, también es el cirujano inflexible, la imagen de la muerte devoradora de las formas y, por tanto, renovadora. Pero el individuo ama contemplar la dulce imagen de Chesed, no acepta la otra, no las reconoce como Amor. Y cuando esa otra cara se impone con fuerza a su consciencia, él la rechaza con desesperación.

Jesús pronunció palabras muy duras, usó el látigo, portó la... espada, pero a nosotros nos gusta verlo acariciar a los niños y extender las manos para hacer milagros. Él es el símbolo por excelencia del *sacrificio*, el Agni² védico, pero nosotros lo interpretamos desde una perspectiva sentimentalista, que en realidad esconde nuestro inconsciente miedo a la muerte.

¹ Chesed y Geburah son dos *sephiroth* (aspectos de la Realidad Una) del Árbol de la *Qabbālāh*. Para un sintético y exhaustivo estudio, véase *La Vía del Fuego Según la Qabbālāh*, de Ráphael. Āśram Vidyā España, Madrid.

² El Fuego, la divinidad que preside el sacrificio.

Es bello –para el yo- ser consolado, pero ya no es tan bello ser... probado, especialmente por un enfurecido y amenazante “Dios de la guerra”. Geburah es «el caballero de la reluciente armadura, el asesino del dragón; magnífico como un novio para la doncella que le espera anhelante, aunque, sin duda, el dragón habría preferido un poco más de amor»¹.

Pero el Amor sólo se ocupa de la doncella, del alma, y, sin piedad, mata al dragón-yo que la tiene aprisionada. He aquí cómo la santa Sephirah aparece ante el individuo como cualquier cosa menos como santa, he aquí por qué la obra renovadora de Geburah está considerada como destructiva y nefasta.

La disgregación de la forma, física y psíquica, aquello que llamamos muerte, es el aspecto de la Vida y del Amor que el yo se obstina en no reconocer, fabricándose, en su lugar, su particular ideal, que refleja sus principios y a los cuales se adhiere con la fuerza de su sentimiento.

El Amor representa para el individuo la suma total de las virtudes de Chesed. Es bello, es dulce, es bueno, es misericordioso, y así sucesivamente. Geburah, por el contrario, le parece lleno de atributos negativos, de “vicios”; y el primero entre todos es la muerte.

Pero el Amor parece reírse de los ideales, de los esquemas, de las virtudes y de los vicios. Él toca todas las cosas con indiferencia, obedeciendo a una moral y a una razón que pertenecen a un mundo completamente diferente de aquel que estamos experimentando.

¹ Véase *La Cábala Mística*, de Dion Fortune.

Lo *particular* es siempre imperfecto, decepcionante, triste y mísero. El *Plan* es bello y noble. La matanza del dragón, la expresión despiadada de Geburah; sus patentes vicios, tomados por separado, no pueden sino resultar para el yo incomprensibles y contrarios al Amor; por el contrario, vistos desde una perspectiva más dilatada, insertados en un contexto impersonal, adquieren significado y belleza.

El dolor y el miedo, que acompañan a Geburah en su mortífera acción y que lo hacen parecer temible, se convierten, *cuando se comprenden*, en una verdadera bendición para quien se encuentra y se encuentra ante él.

Geburah actúa con firmeza sobre el *tamas*, sobre la conciencia que se estanca, ahí donde exista algo cuyo tiempo haya terminado y deba ser abandonado. ¿No actuará aún más, acaso, si es estimulado a estimular, si es la propia alma quien lo invoca? Y Geburah, Sacerdote sacrificial y Guerrero, se precipita allí donde existen desórdenes y laxitud, reclamado por un equilibrio que exige su intervención. Violento, doloroso... sí, pero extremadamente benéfico, creativo, portador de paz, de orden, de armonía.

Comprender a Geburah, esta Inteligencia tan poco comprendida, significa amarla. Amar a Geburah significa amar el Amor en toda su integridad. Significa que hemos trascendido la unilateridad que nos caracteriza y que hemos abrazado la Síntesis. Significa que nos hemos convertido en “adultos”, capaces de discernimiento, de justa evaluación, de comprensión. Significa que hemos traspasado el angosto límite de nuestro aceptar-rechazar, que hemos penetrado en Su conciencia y *visto*, desde aquella perspectiva, diseño y actuación al tiempo. Significa favorecer conscientemente la

propia “combustión”, descubrir bajo el hierro que recubre al ígneo Caballero, detrás de su amenazante brazo, Nobleza de corazón, Belleza y Comprensión.

LECTURAS RECOMENDADAS

Dṛgdr̥śyaviveka - *Una investigación filosófica sobre la naturaleza del «Espectador» y del «espectáculo»*

Atribuido a Śaṅkara.

Traducción y comentario de Ráphael.

120 páginas. Āśram Vidyā España, Madrid.

INTRODUCCIÓN

Si tomamos un trozo de arcilla, hacemos un ánfora y un buen día el ánfora toma conciencia de sí, dirá: yo soy un ánfora.

Si deshacemos el ánfora, reamasamos la arcilla, hacemos una estatua y un buen día la estatua toma conciencia de sí, dirá: yo soy una estatua.

Si deshacemos la estatua, reamasamos lo que dio origen al ánfora y a la estatua, con eso modelamos una bella pirámide y ésta toma conciencia de sí, dirá: yo soy una pirámide.

Pero si el ánfora, la estatua y la pirámide – construcciones temporales-espaciales calificadas según determinadas formas– pudiesen tomar real conciencia de su

primordial y existencial substrato inconsciente, dirían: Soy la arcilla incualificada y homogénea que toma forma, ora como ánfora, ora como estatua, ora como pirámide.

Más allá de toda “modificación” formal-estructural, más allá de cada yo-forma-cualidad, vive eternamente el substrato que es Existencia pura (*sat*).

Sat es la existencia indivisa y siempre idéntica a sí misma que da vida-apariencia a todo lo que existe o, mejor aún, a todo lo que se percibe. No existe “yo empírico”, cualquiera que sea la condición a la que pueda pertenecer, que no sienta en sí, de manera innata, esta presencia eternamente palpitante. Descartes afirma: «Puedo dudar de todo, excepto del hecho de que yo pienso y, por lo tanto, existo». Esta existencia no necesita demostraciones ni argumentaciones filosóficas ni científicas. La existencia misma del ego-hombre (como entidad separada del contexto de la Vida) es precisamente reflejo del *sat* en el nivel ontológico.

«Aquello que no existe no puede llegar a ser, y en el ser no hay cesación de existencia. Esta verdad última ha sido desvelada por quienes han visto la esencia de las cosas.

Has de saber que Eso¹ de lo cual todo este [universo] ha sido irradiado es indestructible. Nadie puede causar la destrucción del Ser imperecedero.

Nunca ha nacido y jamás muere. Al haber existido siempre, no puede cesar de ser. No-nacido, permanente,

¹ Eso = Aquello = Aquél = *Brahman nirguṇa*.

imperecedero, antiguo, no es matado ni siquiera cuando se mata al cuerpo»¹.

Śaṅkara se pregunta: ¿Qué es el Ser? ¿Qué es el no-ser?

En su comentario a los *sūtra* antes mencionados, afirma que el no-ser (*abhāva*) es lo que no existe realmente, es aquello que no tiene vida propia, que no tiene razón suficiente. Esta definición comprende todas las experiencias del plano sensible. Si analizamos cada experiencia, comprobamos una cadena de efectos, los cuales, a su vez, no son sino simples *modificaciones* o alteraciones; de esto podemos deducir que el mundo objetivo-empírico sólo posee un valor mutable y fenoménico.

El universo es sólo una «corriente ininterrumpida de formas imágenes». Pero una modificación es sólo un aspecto más o menos diferente de su causa; fundamentalmente, es la causa que se presenta bajo un nuevo marco-acontecimiento. Hoy por hoy, de un solo vistazo no podemos abarcar a la causa y al efecto, sólo podemos ver aquella o éste. La experiencia empírica se basa en esta concepción de causa y efecto; lo perceptible se muestra como una jerarquía de ese binomio, pero lo que ahora es un efecto más tarde se presentará como causa y una causa se presentará como efecto. Estos dos términos pueden fundamentalmente equipararse: pertenecen al mismo denominador; no son sino categorías en un cambio continuo, por lo que no pueden ser una Realidad absoluta. Más allá de la causa-efecto-causa, etc., existe el Fundamento

¹ *Bhagavadgītā* II, 16, 17, 20. Traducción y comentario de Ráphael. *Cit.*

supremo, inalterado, mediante el cual tanto lo visible como lo invisible pueden manifestarse.

El no-ser o devenir causal es *māyā*-fenómeno, que no es ilusión en la acepción que en Occidente se da a este término, sino que etimológicamente significa «aquello que fluye, que cambia a cada instante, que aparece y desaparece».

Para el *Advaita Vedānta* el universo de los nombres y de las formas (causa-efecto-causa, etc.) es una producción de *māyā*. En la medida en que permanecemos en el ámbito de las causas y de los efectos, somos siempre prisioneros de *māyā*, esto es, del principio de causalidad. Sólo hay un medio para eliminar el velo de *māyā*: considerar a la causa-efecto como una simple *superposición* al *Brahman*. Cuando desaparezcan todas las superposiciones, entonces la Realidad se mostrará como Esencia sin cambio ni transformación alguna, por ende, sin conflicto. Donde existe devenir hay espacio-tiempo, donde hay espacio-tiempo existe limitación, donde existe esta última se oscurece nuestra Esencia.

La manifestación de *māyā* puede observarse desde dos aspectos diferentes:

– Desde el punto de vista del absoluto *Brahman*, no puede tener grado alguno de realidad.

– Desde el punto de vista empírico, podemos considerarla, como afirma la *Māṇḍūkya Upaniṣad*, una unidad homogénea dividida en tres partes: la cuarta parte permanece siempre trascendente e incausada:

1) *Estado tosco*: es el estado tosco de la *prakṛti*, el mundo material; corresponde a *vaiśvānara*.

2) *Estado sutil*: es el mental cósmico, la *psyché* de la existencia universal. Puede considerarse también como inteligencia cósmica. El estado tosco emerge del sutil. La mente misma del hombre es una parte infinitesimal de esta mente cósmica (*Mahat*). No hay forma de lo manifestado, sea cual sea la dimensión a la que pertenezca, que no posea una porción de mente cósmica. Corresponde a *taijasa* (resplandeciente).

3) *Estado causal*: virtualmente, contiene en sí todas las expresiones indefinidas de la Vida universal. Aquí cada cosa se halla en estado potencial. Corresponde a *prāñña*. Es el estado ontológico del que se originan los Arquetipos (son las Ideas de Platón) que se desarrollan como mundo sutil y tosco-físico.

Estos tres estados se asimilan al estado de vigilia, sueños y sueño profundo; en este último estado, la conciencia se retira en el estado potencial.

El Cuarto [estado] se puede describir sólo con negaciones: No-nacido o No-Ser en tanto que Ser puro, No-Manifiesto, Incondicionado, Indeterminado, Infinito, Absoluto. No es lo “conocido”, ni lo que la mente imagina que es lo desconocido, ni tampoco es un “estado”. Corresponde a *Turiya* y se puede alcanzar con el *nirvikalpa-samādhi*.

Desde el punto de vista de la suprema Realidad, como ya dijimos, la manifestación no tiene valor alguno.

El texto de la *Upaniṣad* antes citada es el siguiente:

«El primer pie (*pāda*) es *vaiśvānara*, cuya sede [de acción] es el estado de vigilia (*jāgaritasthāna*); él conoce (*prajña*) [los objetos] externos, tiene siete miembros y diecinueve bocas y es el que experimenta los objetos densos».

«El segundo pie (*pāda*) es *taijasa*, cuya sede es el estado de sueños; él conoce lo interno [plano sutil], posee siete miembros y diecinueve bocas y experimenta [los objetos] del [plano] sutil (*pravivikta*)».

«Éste es el estado de sueño profundo (*suptam*) durante el cual el durmiente no goza ya de ningún [objeto] de apego, ni experimenta sueño alguno. El tercer pie es *prājña*, cuya esfera es el estado de sueño profundo; en él [el ente] se reunifica (*ekibhūta*) y es una unidad homogénea de conciencia-conocimiento. En él hay bienaventuranza y se experimenta tal beatitud; es la boca del conocimiento [de sueños y de vigilia]».

«No es consciente-conocedor del [mundo] interno, ni del externo, ni es consciente-conocedor de ambos, no es una unidad homogénea de conciencia-conocimiento; no es consciente, ni no-consciente; es invisible; no actúa; no aprehensible [por los sentidos]; indefinible; impensable; indescriptible; es la única esencia de consciencia en cuanto *ātman*; sin atisbo de manifestación (*prapañcopaśamañ*); es paz; benéfico; no dual. [Los Sabios] lo consideran el Cuarto. Aquello es el *ātman* y como tal ha de ser conocido»¹.

¹ *Māṇḍūkya-kārikā* de Gauḍapāda, *sūtra* III, IV, V, VII. A cargo de Ráphael, "Testi a fronte" Bompiani, Milano.

«Con tres cuartos de Mí me manifiesto», afirma la Escritura sagrada india, «pero si bien todas las cosas proceden de Mí, yo mismo no soy esas cosas»; ellas son simples sombras-luces proyectadas sobre la gran pantalla del Infinito. Así pues, si un plano está compuesto por líneas, éstas están compuestas por puntos, y el punto, aunque sin dimensión, es el aspecto principal¹ de todas las formas manifestadas.

Śaṅkara nos invita a discriminar (*viveka*) entre lo Real y lo no-real, entre el *ātman* y el *anātman*, entre lo Infinito y lo finito. Los mayores conflictos del hombre derivan de su apego y de su identificación con lo que no es el *ātman*, con lo finito, con lo relativo contingente. El Conocimiento del intelecto puro lleva al reconocimiento de *a-sat* (falsa existencia) y al desvelar de *sat* (Existencia Verdadera).

Edison dice:

«No creo que la materia sea inerte, ni que obedezca a una fuerza exterior. Me parece que cada átomo posee cierta cantidad de inteligencia primigenia. Basta observar las miles de maneras en que los átomos de hidrógeno se combinan con los de otros elementos, formando las más diversas sustancias. ¿Cómo es posible decir que todo esto lo hacen sin inteligencia? Átomos, con relaciones armónicas y útiles, asumen formas bellas e interesantes o emiten perfumes agradables como queriendo manifestar su propia

¹ Principal: se refiere a los Primeros principios.

satisfacción (...). Finalmente, se combinan en el hombre que representa la inteligencia total de todos los átomos»¹.

Esta inteligencia, junto con la existencia, constituye la base única ínsita en toda forma-vida; es el soporte de todos los conocimientos relativos y es a través de ella como podemos tomar conciencia del mundo objetivo, del subjetivo y del Ente en sí. Si esta luz inteligible llegara a faltar, la percepción misma cesaría de funcionar. Esa luz, que lo revela todo, no se revela porque jamás se la puede considerar objeto de percepción, pues esta última implica dualidad.

La Realidad a-causal *es*. La Luz-Conciencia-Inteligencia es –podemos decirlo– un principio *a priori* de nuestra misma existencia (como aspecto psicofísico) porque no es la mente la que la produce sino que se revela por medio de lo que el hombre llama mente. ¿Cómo puede la mente-pensamiento –que es causa-tiempo-espacio-, comprender lo que carece de causa, de tiempo y de espacio?

Debemos tener presente que no sólo la mente humana es la mediadora de la “Luz que todo lo revela”; hemos visto que todo átomo del universo revela la Inteligencia principal en diferentes grados.

Es sobre todo a través de *cit* que el *Vedānta* persigue la Realización del mundo del devenir. El *Advaita* es una

¹ De una entrevista a T. Edison publicada en el Harper's Magazine de Febrero 1890 y ampliada en el Scientific American de Octubre 1920.

metafísica práctica que hay que experimentar en el mundo mismo del devenir.

En la *Taittirīya Upaniṣad* (III.VI.1) leemos:

« (...) ciertamente estos seres nacen; gracias a la beatitud, habiendo nacido, viven; retornan a la beatitud y se reabsorben».

El movimiento irresistible que hace emerger, sostener y, en el tiempo y en el espacio, trascender todas las formas de vida manifiestas está constituido por *ānanda*. Ésta no puede ser revelada integralmente mientras no se trascienda la diferenciación.

Los reflejos de la *ānanda* en el *jīva* encarnado son esos goces sensoriales que abarcan desde el sexo hasta el refinado placer por las cosas intelectuales, espirituales y estéticas. No existe átomo manifiesto que no se mueva o no tienda hacia este estado de Felicidad. Por un acto de amor el hombre nace a la vida, por un acto de amor él se sacrifica, por un acto de amor se mueven el sol y las demás estrellas. El individuo actúa impulsado por la fuerza universal del “placer”. Las pasiones son una forma alterada de esta naturaleza beatífica innata. Pasión es goce, sentimiento es satisfacción de un placer; la búsqueda intelectual misma es siempre fruto de un placer, de una satisfacción. Sin embargo, el goce sensorial, sea cual sea su dimensión, no es *ānanda*, sino un simple reflejo distorsionado; por ello, el Instinto-inteligencia, mineral, vegetal, animal y humano no es el *Mahat* de *Īśvara*,

como el débil resplandor de la luna no es la enceguedora luz del sol. El mundo entero de los nombres y formas emergen tras el impulso de *ānanda*, se conserva por *ānanda*, se transforma por *ānanda*. Por amor del Amado, el místico *bhakta* trasciende lo relativo; por amor a la Verdad, el *jñāni* halla en sí la Existencia de *Brahmā*; por amor a la Vida una, el *jīva* encarnado se libera de los *upādhi* para descubrirse *ātman* supremo.

La *Taittirīya Upaniṣad* (II.V.1) afirma:

«Este [*ātmā* de beatitud] con forma humana es conforme a la forma humana de aquello [más exterior constituido de intelecto]. De este [cuerpo constituido de beatitud] la felicidad misma es la cabeza. La satisfacción es el lado derecho. el gozo es el lado izquierdo. La beatitud es el *ātmā*. El *Brahman* es la extremidad cual base estable».

Hesíodo, Parménides, Platón, Aristóteles (*Metafísica* A 4, 984 b 26-27) fueron los primeros en comprender que el Amor (*Eros-ερωφ*) es el poder que produce el nacimiento de los universos y los mantiene en unidad y perfecta armonía (*αρμονια*); además, el *Eros* nos impulsa a la consecución de nuestra propia Esencia hasta asimilarse a lo Bello supremo (véase Platón). Véase también Plotino (IV.1.1 y ss); Parménides se expresa del mismo modo: «*Eros*, el primero

entre todos los Dioses que ella [la *Daimon*] concibió» y que impulsa al mundo al «penoso nacimiento (...)»¹.

Śaṅkara dedicó este poema al *Brahman* en tanto que esencia de plenitud.

«No soy la mente, el intelecto, el sentido del yo, el *citta*; ni tampoco el sentido del oído, del gusto, del olfato, de la vista; ni tampoco el éter, la tierra, el fuego, el aire. Soy conciencia-inteligencia y esencia de plenitud. ¡Soy Śiva, soy Śiva!

»Ni tampoco soy el *prāṇa*, ni me conozco como los cinco soplos vitales o los siete elementos constitutivos o las cinco envolturas; ni soy el órgano de la palabra, de las manos, de los pies, ni el órgano de la generación ni el de la excreción. Soy conciencia-inteligencia y esencia de plenitud. ¡Soy Śiva, soy Śiva!».

»No me pertenecen aversión, placer, avidez, ilusión; del mismo modo, no me pertenecen orgullo, envidia; ni tampoco deberes, deseos ni finalidades a perseguir, ni la liberación misma. Soy conciencia-inteligencia y esencia de plenitud. ¡Soy Śiva, soy Śiva!».

»No soy la virtud, ni el vicio, ni el placer, ni el dolor, ni el mantra ni la romería; no soy los *Veda* ni el rito sacrificial, ni el objeto de la experimentación ni, en verdad, aquel que experimenta el acto de experimentar. Soy conciencia-inteligencia y esencia de plenitud. ¡Soy Śiva, soy Śiva!».

¹ Parménides, *Sobre el Ordenamiento de la Naturaleza*, fragm. 11, 12, 13. A cargo de Ráphael. Āśram Vidyā España, Madrid.

»No me pertenecen el miedo, la muerte, la distinción; no tengo parientes, amigos, ni maestro, ni discípulo. Soy conciencia-inteligencia y esencia de plenitud. ¡Soy Śiva, soy Śiva!».

»Carezco de modificaciones, de nombre, de forma; soy la expresión de la omnipotencia y de la omnimpregnancia, al estar allende los sentidos no estoy identificado con la liberación misma. Soy conciencia-inteligencia y esencia de plenitud. ¡Soy Śiva, soy Śiva!»¹.

El *Dṛgdrśyaviveka* (*Dṛg* = Espectador-observador, *drśya* = espectáculo, *viveka* = discriminación) es un método discriminatorio racional para distinguir al Espectador del espectáculo (esto es, el *ātman* del no-*ātman*); es considerado un auténtico texto clásico. Los cuarenta y seis *sūtra* del texto demuestran que el Espectador es distinto del espectáculo (mundo de nombres y formas) y que el ente viviente, al no ser un absoluto, debe reintegrarse en el *Brahman*.

Al comienzo, el ojo que ve parece ser el observador; después, el observador se convierte en pensamiento, el cual es él mismo el objeto de la percepción, hasta que se llega a un Observador que no puede ser el objeto del conocimiento sensorial. El Testigo (*ātman*) asiste al desarrollo del filme-espectáculo (como el espectador ve, en el cine, las secuencias de las imágenes), comprende el movimiento que se desarrolla

¹ Śivo 'ham Śivo 'ham en Śaṅkara, *Obras Breves* (Tratados e Himnos), Āśram Vidyā España, Madrid.

en la mente y permanece aun cuando el espectáculo termina o se interrumpe.

Al realizar la identidad con el *jīva* (Alma viviente) se puede ser consciente de la finalidad de la encarnación en el plano físico (*viśva*), esto es, se comprende al “actor” (véase la *Maitry Upaniṣad*) o al *ahaṅkāra* del ente, que ha de recitar el papel que ha elegido libremente, o bien por necesidad, obligado por los *guṇa* a “exteriorizarse” en el plano físico denso.

En el *ātman-Brahman* permanece, en todo caso, la causa fundante de todo el movimiento universal e individual de los diversos entes.

En el *Ḍṛgdrśyaviveka* se exponen, además, la descripción minuciosa de los diferentes géneros de concentración- contemplación, las tres teorías concernientes al *jīva*, la que atañe a las envolturas-*upādhi* del *jīva* mismo y otras cuestiones de vital importancia para la enseñanza del *Vedānta*.

El Svāmi Nikhilānanda escribe lo siguiente: «Esta obra, que sólo contiene cuarenta y seis *Śloka*, constituye un excelente *vademecum* para los estudiantes de los cursos superiores de filosofía *Advaita*».

Los versículos del 13 al 31, con exclusión de los números 14, 21 y 28, se encuentran en una *Upaniṣad* menor titulada *Sarasvatīrahasya Upaniṣad*.

La identidad del autor es dudosa: algunos atribuyen a Bhāratīrtha la paternidad del *Ḍṛgdrśyaviveka*. El

comentarista Ānandajñāna, basándose en ciertos manuscritos, la asigna, en cambio, al gran Śāṅkara.

Nīścaladāsa lo atribuye a Mādhava-Vidyāraṇya que también escribió el tratado filosófico vedántico *Pañcadāśī*.

Bhārātīrtha, *guru* de Vidyāraṇya, fue el gran Maestro del Monasterio de Śṛṅgeri, fundado por Śāṅkara.

Quienquiera que sea el verdadero autor de la obra, que refleja el tradicional concepto vedántico, sobre todo el de Śāṅkara, en el fondo tiene poca importancia.

Esta obra ha sido traducida a diversos idiomas. También Ramaṇa Maḥarṣi, “el sabio de Aruṇācala” y eminente representante del *advaita* puro, reconociendo la importancia de este texto, lo ha revertido a prosa *tamil*.

COLECCIÓN ĀŚRAM VIDYĀ ESPAÑA

- 1) *Más allá de la duda*, de Ráphael.
- 2) *Yogadarśana**, de Patañjali.
- 3) *¿Qué Democracia? Referencias para un buen gobierno*, de Ráphael.
- 4) *Tat Tvam Asi – Tú eres Eso*, de Ráphael.
- 5) *La Triple Vía del Fuego*, de Ráphael.
- 6) *Esencia y Finalidad del Yoga. Las vías iniciáticas a la trascendencia*, de Ráphael.
- 7) *Pensamiento hindú y Mística carmelitana*, de Svāmi Siddheśvarānanda.
- 8) *Fuego de Ascesis*, de Ráphael.
- 9) *Más allá de la ilusión del yo. Síntesis de un proceso realizador*, de Ráphael.
- 10) *Fuego de despertar. Unidad en el Cambio*, de Ráphael.
- 11) *Bhagavadgītā. El Canto del Beato**.
- 12) *Vivekacūḍāmaṇi**, de Śāṅkara.
- 13) *Fuego de Filósofos*, de Ráphael.
- 14) *En las Fuentes de la Vida*, de Ráphael.
- 15) *Drigsdriśyaviveka**, atribuido a Śāṅkara.
- 16) *El Sendero de la No-dualidad (Advaitavāda)*, de Ráphael.

- 17) *Orfismo y Tradición Iniciática*, de Ráphael.
- 18) *Parménides*, de Ráphael.
- 19) *Uttaragītā, El Canto Sucesivo*, a cargo del Grupo Kevala.
- 20) *Obras Breves*, de Śaṅkara.
- 21) *Aparokṣānubhūti**, de Śaṅkara.
- 22) *La Vía del Fuego según la Qabbālāh*, de Ráphael

Próximos títulos:

- *Iniciación a la Filosofía de Platón*, de Ráphael.
- *Māṇḍūkyakārikā*, de Gauḍapāda
- *Upaniṣad**.
- *Glosario Sánscrito*.
- *Brahmasūtra**, de Bādarāyaṇa.
- *Plotino - Con Antología Plotiniana*, de Giuseppe Faggin. Presentación de Ráphael.

* Traducidos del sánscrito y comentados por Ráphael.

Vidyā es un periódico cuyos artículos se relacionan con la *Philosophia perennis* o Metafísica tradicional y cuyo propósito es esencialmente *realizativo*.

La palabra sánscrita *vidyā* significa conocimiento, sabiduría, ciencia, y deriva de la raíz *vid* (de ahí *Veda*) que significa ver-saber. *Vidyā* está también asociada a la palabra *satya*, de la raíz *sat*: “ser”; por tanto, “conocer es ser”; esto representa el principio mismo de la Metafísica tradicional que es exclusivamente “Conocimiento de Identidad”.

Así, *sophía*, *gnosis*, en su acepción tradicional, significan Conocimiento-sabiduría y ésta es catártica, lleva a la *metánoia*, a una transformación profunda de la conciencia, es decir, a una modificación en el pensar, sentir y vivir. Bajo esta perspectiva, es necesario poner mucha atención porque hay una clara distinción entre Conocimiento y erudición.

Si *vidyā-gnosis-sophía* es puro conocimiento, entonces existe un solo Conocimiento, una sola Filosofía, una sola Metafísica, así como un solo Arte y una sola Literatura.

Los libros editados por Āśram Vidyā España (véase página anterior) pueden encontrarse en las librerías. No obstante, si, por cualquier causa, esto no fuera posible, pueden ser solicitados a:

E-mail: vidya@asramvidya.es